

*Laudatio del Profesor Doctor D. Dámaso López García  
con motivo de la investidura como Doctor "Honoris Causa"  
del  
Excmo. Sr. Dr. D. Orhan Pamuk*

Defensa de los méritos del candidato, don Orhan Pamuk

Describir mediante pocas y precisas palabras los méritos que reúne un escritor como Orhan Pamuk no es tarea sencilla. Solamente enumerar los galardones de toda índole con los que se ha distinguido su obra exige reseñar no menos de diecisiete premios, menciones honoríficas, nombramientos o doctorados *honoris causa*. Entre los premios que ha recibido Orhan Pamuk destaca, especialmente, por mencionar uno solo, el premio Nobel, que recayó en este autor el año 2006 y que, en cierta forma, se considera comúnmente que es el más alto reconocimiento internacional al que puede aspirar un escritor. Estas distinciones del mundo académico y literario, en su mayoría, además, los recibe una persona que escribe en lengua turca y que describe en sus narraciones, casi exclusivamente, la Turquía actual o la Turquía del siglo XVI. Escribir en turco trae consigo una dificultad añadida en un mundo en el que la globalización penaliza, en mayor o menor grado, las lenguas que carezcan de una base demográfica suficiente, de una tradición literaria favorecida por la moda o por su presencia en el mercado editorial o que carezcan de una base económica que haga deseable su conocimiento. Circunscribir la acción de sus narraciones al mundo de Turquía exige de los lectores, al menos buena parte de sus lectores potenciales, los que han manifestado a través de los premios otorgados su aprecio por la obra del novelista turco, un interés que trasciende la anécdota local y que apela a formas de la experiencia que pueden compartir lectores que se acercan a la obra de Orhan Pamuk desde todos los rincones del mundo. La obra de este novelista cruza las fronteras de su país porque el interés de sus narraciones no depende de forma exclusiva de lo local, aunque lo local sea el material con el que trabaja el narrador. Las novelas de este autor salvan las diferencias culturales, de pensamiento o de credo y reclaman de sus lectores una atención que es la que se dirige a las obras de arte que saben despertar en el público al que se dirigen una atención que sólo se otorga a lo que trata de los intereses comunes de la humanidad, de toda la humanidad.

La obra que ha despertado el interés del que es testimonio el largo catálogo de distinciones mencionado no es demasiado extensa. Suele recogerse en los repertorios bibliográficos accesibles en las bases de datos de la *Web*, aproximadamente, una docena de novelas entre las que se incluye un libro que no admite una clasificación fácil, un libro, en buena medida, autobiográfico, que se ha traducido a nuestra lengua como *Estambul. Ciudad y recuerdos*. Es esta última una obra que recoge con minucioso detalle la experiencia de la vida de un niño, un muchacho, en el Estambul de los

decenios de 1950 y 1960. A través de las muchas incursiones en el pasado de la ciudad y a través de las reflexiones sobre las ajadas glorias del Imperio Otomano, puede el lector conocer un mundo ya desaparecido, pero desaparecido misteriosamente, evaporado. Las reflexiones, muchas de ellas de índole intimista, despliegan ante el lector escenas y personajes llenos de interés. El lector occidental, el lector español, puede acercarse a un mundo todavía próximo, pero ya remoto; vagamente familiar, pero también extraño. Es relativamente sencillo, sin embargo, describir cuál es la singularidad de este libro. Cualquier lector que se acerque a esta obra en busca de descripciones del Gran Bazar, de la mezquita de Santa Sofía o del palacio de Topkapi se llevará una sorpresa mayúscula, porque ninguna de estas señas de identidad de la geografía urbana de Estambul se describe en esta obra. Sin embargo, son poderosas y atractivas las descripciones de la vida cotidiana en la ciudad en la época mencionada. Son algo más que interesantes las reflexiones sobre el pasado muerto y sobre el peso de la tradición, son inquietantes las descripciones de los incendios y la progresiva desaparición de la arquitectura tradicional otomana, la arquitectura que arde víctima de la adaptación de la ciudad al progreso material, un progreso que incrementa de forma prodigiosa el número de habitantes de Estambul y que deja en no pocos de los rincones de ésta las cicatrices de los muchos solares carbonizados en los que ardieron aquellas viejas edificaciones de madera. Mientras el lector pasa las páginas de este libro, la presencia del fuego, mejor dicho, la de las cenizas y los rescoldos, es casi una presencia material, pero es, sobre todo, una presencia metafórica que señala hacia esa amargura que se subraya como una de las señas de identidad de los habitantes de la ciudad. Este libro sobre Estambul no busca complacer a un lector ávido de atesorar experiencias turísticas, que pasea por una ciudad cargada de historia, que se interesa por una ciudad que ha vivido acontecimientos de gran transcendencia para su país y para el mundo oriental y el occidental. El ruido de la construcción acompaña durante toda la obra un pasado que se desvaneció en humo, que se consumió con las casas otomanas, que se disipó en el aire como se disipó el humo de los barcos cargueros que cruzaban el Bósforo y que no dejó más huella que la que no tarda en cerrarse tras los barcos, en la estela que éstos dejan a popa, y en el humo que se pierde en el aire.

Por otra parte, la amargura que despedía aquella cultura muerta, aquel imperio hundido, se encontraba por todos lados. El esfuerzo por occidentalizarse me parecía, más que un deseo de modernización, una inquietud por librarse de todas las cosas cargadas de recuerdos llenos de amargura y tristeza que quedaban del imperio desaparecido: era como tirar a la basura la ropa, los adornos, los objetos personales y las fotografías de una hermosa amante que se ha muerto de repente para librarnos de su destructor recuerdo. Teniendo en cuenta que en su lugar no se pudo crear nada nuevo que fuera lo bastante fuerte y poderoso, un mundo moderno occidental o local, dicho esfuerzo sirvió sobre todo para olvidar el pasado; dio paso a que los palacetes ardieran y se hundieran, a que la cultura se trivializara y se quedara coja y a que el interior de las casas se dispusiera como un museo de una cultura que no se había

vivido. Toda aquella amargura y todas aquella curiosidades que años después habrían de clavarse profundamente en mi corazón las viví en mi infancia en forma de aburrimiento y melancolía<sup>1</sup>.

Este libro de Orhan Pamuk plantea, a su manera, el conflicto irresoluble entre memoria e historia. La historia es necesaria porque la memoria humana es frágil. La memoria, por su parte, puede o, a veces, quiere prescindir de la historia, porque sólo lo que se recuerda sin la ayuda de la historia es lo que verdaderamente vive todavía en el presente. Lo que revelan las páginas de este libro de Orhan Pamuk es el hecho de que hay momentos en la vida colectiva en los que el deseo de librarse de un puñado de recuerdos «llenos de amargura y tristeza» hace todavía más amargo el presente, si éste no se anuncia llega movido por un impulso de modernización claramente identificable. El libro es la forma en la que el escritor ha querido librarse de un «destructor recuerdo».

Por estos motivos el libro no es, precisamente, un libro complaciente, porque ajusta las cuentas del autor con el pasado de su país y de su ciudad, consigo mismo y con su familia y las ajusta también con el presente y, ¿por qué no?, con el futuro. Pero no se queda ahí el autor. Se ha señalado que el libro no brinda un repertorio de lugares de interés que pudieran cautivar a los turistas. Todo lo contrario. La mirada que se detiene en los muchos rincones de Estambul es una mirada problemática, como lo muestran las muchas fotografías en blanco y negro que ilustran todas las inquietudes del autor. Pero la mirada del lector también se tiene en cuenta. La mirada del occidental también se considera, pero se considera a través del conflicto que esa mirada crea en el narrador:

Tanto como individuos como comunidad, a todos nos preocupa hasta cierto punto lo que piensan de nosotros los extranjeros, los desconocidos. Si esta preocupación nos hace sufrir, si enturbia nuestras relaciones con la realidad, si alcanza las dimensiones de llegar a ser más importante que la propia realidad, entonces es que se ha convertido en problemática. Mi relación —como la de tantos estambulíes— con lo que ha visto de mi ciudad la mirada occidental siempre ha sido problemática, y como todos los autores que tienen un ojo en Occidente, yo también me siento confuso a veces<sup>2</sup>.

El lector occidental, a su vez, tendrá motivos para sentirse «confuso a veces» ante un libro que desdeña adaptarse a las convenciones que aguardan en cualquier descripción más o menos turística, más o menos sentimental, con la que se abordan las ciudades en los relatos de viajes y en las guías turísticas. Los momentos de confusión del autor le indican al lector que él también debe sentirse confuso cuando su mirada no halle el objeto que buscaba, cuando lo

---

<sup>1</sup> Orhan Pamuk, *Estambul. Ciudad y recuerdos*, traducción de Rafael Carpintero, Barcelona, Mondadori, 2006, págs. 43-44.

<sup>2</sup> *Ibíd.*, pág. 272.

visto no lo confirme en la cómoda seguridad del buscador de curiosidades, de un arte ajeno a la condición humana, de una sensación de exotismo predecible y acrítico.

Sin embargo, esa mirada problemática es un rasgo que distingue la obra del narrador turco. No es sólo la ciudad lo que plantea problemas, ni el conflicto entre la historia y el pasado, ni el desacuerdo entre la mirada occidental y la mirada oriental. Hay más cosas en la narrativa de Orhan Pamuk que apuntan en esta misma dirección, pero lo hacen desde una posición diferente. En una de sus últimas novelas, *Nieve* (2001), el autor se plantea el problema de la posibilidad de alcanzar una comprensión que merezca el nombre de tal en relación con la manera en la que nos relacionamos entre nosotros:

Quizá hayamos llegado al corazón de nuestra historia. ¿Hasta qué punto es posible comprender el dolor y el amor de otra persona? ¿Cuánto podemos comprender de los que sufren penas, ausencias y opresiones más profundas que las nuestras? Si comprender consiste en poder ponernos en el lugar de alguien distinto, ¿han podido alguna vez comprender los poderosos y los ricos del mundo a los miles de millones de pobres que viven al margen? ¿Hasta qué punto puede ver Orhan, el novelista, la oscuridad de la vida difícil y dolorosa de su amigo el poeta?<sup>3</sup>

Precisamente en *Nieve*, una novela que transcurre en Kars, ciudad fronteriza en el noreste del país, un lugar remoto, alejado de las corrientes de modernización de Estambul, el autor muestra a sus lectores, a finales del siglo XX, de forma descarnada el conflicto entre Oriente y Occidente, entre tradición y progreso, entre creyentes y no creyentes, entre hombres y mujeres, entre el campo y la ciudad, entre la información y la ignorancia. A decir verdad, la realidad parece vulnerable frente a su propia representación artística. Al final de la obra, el teatro se adueña de la realidad y lo que era una representación de escaso mérito artístico se transforma en muertes verdaderas sobre el escenario y en el patio de butacas. Bruscamente, la representación, una representación que se describe como ramplona y propagandista, ha suplantado el mundo real y ha convertido éste en algo mucho peor. Al lector acaso no le sorprenda que lo que parece una tragedia personal se convierta, en las últimas páginas, en una tragedia colectiva. A lo largo de la obra, obsesivamente, se dirige la atención del lector hacia el hecho de que en Kars nieva continuamente. La nieve cae de forma copiosa, en casi todas las páginas de esta obra, cubre la pequeña ciudad de Kars con un manto de silencio, la aísla, acalla su voz, hace uniforme lo diverso, hiela sus ilusiones. De forma respetuosa, pero que no deja de examinar con todo cuidado incluso los pliegues menos visibles de las contradicciones entre la fe expresada en su forma más radical y las pretensiones de un Estado secularizado, Orhan Pamuk,

---

<sup>3</sup> Orhan Pamuk, *Nieve*, traducción de Rafael Carpintero, Barcelona Círculo de Lectores, 2005, pág. 301.

con respeto, pero con firmeza, desmenuza los desencuentros de la conciencia del creyente y del no creyente.

Pero esta obra es, sobre todo, por encima de todo, una obra de arte. El autor es consciente de ello. Es consciente de ello porque del arte y de las formas de expresión artística el narrador turco ha hecho a lo largo de su obra un motivo de reflexión que aguarda al lector en no pocas de sus páginas. En dos de sus novelas, las reflexiones las ha situado el autor en la Turquía del siglo XVI, para evitar el demasiado interés de lo cotidiano y lo presente. En *El astrólogo y el sultán*, de 1994 (traducida al español también con el título de *El castillo blanco*), y en *Me llamo Rojo*, de 1998, Orhan Pamuk ha desplegado en obras de arte sus ideas acerca del propio arte al que ha consagrado su vida al convertirse en escritor. En *El astrólogo y el sultán* se explora el asunto de los dobles y de la vida vivida como posibilidad en dos mundos aparentemente antagónicos, pero que comparten muchas más cosas de lo que pudiera parecer a primera vista. Esos mundos posibles que preocuparon tanto a Leibniz son los mundos que el escritor turco intenta hacer compositibles, es decir, mundos que pueden conciliarse o concordarse entre sí.

En la novela *Me llamo rojo*, en la que los ilustradores de libros, en la Turquía del siglo XVI, se debaten en interminables y agónicos problemas morales en relación con la responsabilidad ante la obra de arte, el autor reflexiona sobre las formas de dependencia de los artistas. Hay caminos que no conducen a ninguna parte, uno de ellos, sin duda, consiste en vivir la representación artística como una forma de dependencia que ha de ser excluyente en uno de sus extremos. «Consideraban un deshonor ver el mundo un día como lo dice el sha de Oriente y el otro como lo dice el soberano de Occidente, que es lo que hacen los ilustradores de hoy día»<sup>4</sup>. En un libro en el que la maldición que pesa sobre los ilustradores, por encima de ninguna otra, es la de la ceguera, no es difícil pensar que al lector también se le está avisando de que la comprensión de lo leído exige liberarse de formas de entender que acaso sean unilaterales o poco generosas con las formas en la que puede revelarse lo más evidente. Cuando el color rojo toma la palabra y habla en primera persona, se dirige así al lector:

El color es el tacto del ojo, la música de los sordos, una palabra en la oscuridad. Como desde hace decenas de miles de años he estado escuchando lo que hablaban las almas como si fuera el susurro del viento, de libro en libro y de objeto en objeto, puedo afirmar que mi caricia se parece a la de los ángeles. Parte de mí llama a vuestros ojos desde aquí, ésa es mi parte seria; la otra se vuelve alada en el aire con vuestras miradas, ésa es mi parte ligera<sup>5</sup>.

---

<sup>4</sup> Orhan Pamuk, *Me llamo rojo*, traducción de Rafael Carpintero, Madrid, Alfaguara, 2003, pág. 447.

<sup>5</sup> *Ibíd.*, pág. 256.

La sensibilidad que ha de poseer el espectador para distinguir entre esa parte seria y esa parte ligera de los colores y las cosas es una de las características que determinan el misterio del arte. No es sorprendente que en las últimas páginas de esta novela la conclusión de estos conflictos consista en que no haya habido solución: «El conflicto entre las maneras de los antiguos maestros de Herat y los maestros francos, que dieron lugar a tantas discusiones entre ilustradores y a interminables debates, nunca llegó a resolverse»<sup>6</sup>. No puede resolverse ese conflicto, porque el arte es la forma en que la humanidad se reconoce a sí misma en sus valores y cuando estos cambian, como han cambiado desde el siglo XVI hasta el siglo XXI, en Turquía y en España, en el mundo oriental y en el occidental, los modos de expresión varían, como lo muestran las novelas de Orhan Pamuk.

La descripción de la obra de Orhan Pamuk debe ser asunto de estudio y reflexión para la crítica académica y literaria. En esta ocasión cumple sólo recordar algunos de los méritos más inmediatamente evidentes entre los que se han tenido en cuenta en la recepción de su obra. Podría extenderse esta descripción hasta completar todos y cada uno de los elementos que la convierten en lo que es, los elementos que la han hecho popular, que le han permitido atravesar fronteras, transformarse en mensajes perfectamente comprensibles en otras lenguas. Valga lo dicho, sencillamente, para presentar mediante sus rasgos más salientes una obra que se ha dirigido, a través de las formas de las artes, a analizar y describir del mundo en el que vivimos, a poner en la perspectiva adecuada los problemas de conciencia y los problemas de la sociedad, a hablar a sus lectores sobre un mundo hondamente perturbado por las diferencias de toda índole, geográficas, de identidad, de creencias, culturales o de género. En estas líneas se han expuesto sólo algunos de los rasgos que la convierten en una obra muy apta para expresar inquietudes que son las de todos nosotros, que posee las virtudes que decimos admirar, las que queremos o creemos poseer, que acreditan a su autor como una persona cuya pertenencia al claustro de la Universidad Complutense de Madrid nos honra.

---

<sup>6</sup> *Ibíd.*, pág. 561.